

La participación política
de los jóvenes:
entre la incomodidad y los fantasmas

Marcelo URRESTI

SOCIÓLOGO. PROFESOR TITULAR REGULAR DE SOCIOLOGÍA DE LA CULTURA DE UBA. INVESTIGADOR DEL INSTITUTO
GINO GERMANI.

Como sucede con otros hechos de la política, la participación de los jóvenes es un asunto tan difícil de estimar en términos de magnitud, como de interpretar en materia de sentido. Qué es, qué representa y hacia dónde se dirige, son cuestiones que motivan constantes diferendos en los que las respuestas pueden ser variables y hasta opuestas, incluso frente a un mismo dato o aspecto de la realidad. A la presentación de algunas de estas problemáticas se refiere el artículo que sigue.

Los jóvenes, la sospecha y los déficits

Una cuestión habitual frente a la presencia de los jóvenes en la política es la recurrencia de las voces que señalan sospechas y lecturas capciosas, hecho que casi nunca se registra cuando se trata de adultos. En efecto, hablar de jóvenes y política, supone siempre preguntas insidiosas y polémicas que son síntomas de una cuestión más amplia: la política se identifica tradicionalmente con los adultos e incluso con los adultos mayores, cuando no ancianos según el régimen, lo que coloca siempre en situación de falta a las generaciones menores que, como deben demostrar que están a la altura de una misión tan importante, se les exige credenciales que no son necesarias en los otros casos y se le imponen limitaciones que no valen para el resto.

Hay un mandato implícito y aceptado según el cual la política es una cuestión de madurez, atributo que se supone que los jóvenes no tienen, por estar –según la misma versión– más preocupados por cuestiones transitorias, disfrutando de la alegre irresponsabilidad que sus familias y la sociedad les garantizan. Ser joven supone carencias, condición incompleta que dificulta su acceso a la política y que, cuando ese arribo se produce, atiza permanentemente la sospecha de ilegitimidad.

Un argumento asociado a éste es aquel que identifica a los jóvenes con la falta de experiencia vital: ser joven, entre otras cosas es no haber pasado aún por las duras penas que impone la vida, las pérdidas dolorosas, el trabajo, el ahorro y las privaciones, la conquista de la casa, la responsabilidad mayor de tener y cuidar hijos. Estas cuestiones tan importantes para la vida, relegarían a los jóvenes de los asuntos públicos respecto de los adultos, más conscientes de las limitaciones y las exigencias en las que

habrían forjado un carácter más experimentado, con toda la dignidad que ello supone para conducir a los demás. No haber pasado por estas pruebas, haría de los jóvenes una población poco experimentada para gobernar los destinos del conjunto.

En igual tono, se encuentra el argumento del déficit cognitivo, otro presupuesto general según el cual los jóvenes no tienen los conocimientos suficientes para asumir puestos de responsabilidad pública, algo que en el caso de los adultos se da por aceptado. Así, mientras los adultos pueden gobernar hasta que demuestren lo contrario, los jóvenes tienen que dar muestras sobre su preparación para hacerlo, con la sospecha eterna pendiendo sobre sus cabezas, para lo cual se puede tomar como ejemplo el nombramiento y la gestión de cualquier ministro o secretario de Estado por debajo de los treinta y cinco años: Jesús Rodríguez, Martín Lousteau, Miguel Peirano o Axel Kicillof, en Economía; Sergio Massa o Diego Bossio en el ANSES, Gustavo Béliz o Juan Manuel Abal Medina en Interior, Andrés Delich en Educación. Lo que en el caso de los adultos por defecto se atribuye, por defecto también se predica ausente cuando se trata de los jóvenes.

Estos tres argumentos tradicionales hacen de los jóvenes unos invitados peligrosos en la escena de la política, situación que se revierte en ocasiones especiales cuando los sistemas de gobierno entran en crisis –como por ejemplo, con la llegada de La Cámpora después de la 125–, cuando los cuadros adultos tradicionales carecen de respuestas para los problemas –por ejemplo cuando La Coordinadora asume cargos clave al final del gobierno de Alfonsín– o cuando esos mismos cuadros adultos no quieren comprometer su prestigio ante situaciones difíciles –por ejemplo cuando el llamado Grupo Sushi ocupa puestos en el gobierno de De la Rúa después de la renuncia del vicepresidente Álvarez y la salida masiva del Frepaso del poder ejecutivo–. Se supone que los jóvenes tienen menos que perder y su ambición los conduce a posicionarse en cargos que quedan vacantes de manera anómala o en situaciones poco comunes. Así se completa el modo de vinculación entre jóvenes y escena política: como amenaza en general, como recurso de última instancia en situaciones críticas.

Participación juvenil, ¿índice de qué?

Otra cuestión problemática que se advierte en los debates y que es continuidad de lo anterior, es la de la participación juvenil. Este suele ser otro de los tópicos que aparecen una y otra vez bajo la luz de la preocupación: y no es casual, ya que se trata de participación juvenil, no adulta. La participación –toda– es un asunto muy difícil de definir: es y no es militancia, es y no es adhesión a una causa, es y no es pertenencia a una agrupación o institución, es y no es activismo y, fundamentalmente, es y no es política.

En términos del plano de inscripción, participación puede registrarse en distintos ámbitos partidarios, sindicales o estudiantiles, en movimientos sociales o de base territorial, en instituciones religiosas y deportivas, en ONGs o iniciativas del mundo digital. En cuanto a la intensidad puede involucrar al que se compromete ocasionalmente con alguna causa, al que se expresa en una protesta puntual, al que organiza habitualmente acciones conjuntas con otros, al militante vocacional que entrega su vida por un objetivo, al que hace de esa entrega un modo de vida, así como al que hace de ello un medio de vida. Además, se puede participar en un grupo de presión, en una manifestación, escribiendo un blog o una revista, formando parte del proceso de toma de decisiones en una institución pública.

Como se ve, el universo de lo que se incluye bajo el término participación es tan amplio y complejo que la palabra misma se muestra insuficiente para tanta variedad, carencia que obstaculiza la comprensión de las acciones que incluye. Participación se dice de muchas maneras, muchas veces también contradictorias según desde donde se lo mire. Por eso no es casual que aparezca adjetivada según los grupos y los intereses en pugna: expresiones como “la verdadera participación”, “la participación sana”, “la participación positiva”, “la participación genuina”, entre otras, remiten a universos de valor que definen con mayor transparencia el lugar del sujeto que enuncia, que las características del objeto aludido. Y como suele suceder, los atributos positivos son para la participación deseada o cercana, mientras que los negativos se aplican a la participación de los otros.

Asimismo, la ausencia de participación, suele motivar también la sospecha. Uno de los motivos que más se repitieron en los debates de los noventa sobre los jóvenes, fue la famosa falta de participación política. En esos debates, de modo sintomático, nunca se preguntaba con igual nivel de preocupación por la participación adulta, claramente menguada respecto de la década previa. Los adultos interesados de entonces, en general, militantes juveniles en los setenta, en ese momento o parte del gobierno menemista o parte de su oposición radical o de izquierda, mostraban con mucha preocupación los datos sobre un “desinterés” público apabullante entre las generaciones menores. La falta de participación se endilgaba culposamente –desde la oposición– a una generación a la que se hacía co-responsable por defecto de lo que la generación adulta estaba afianzando de manera directa con su acción política. En ese debate, por ejemplo, nunca se habló de que los protagonistas de la política neoliberal, habían sido en su mayoría jóvenes comprometidos en los setenta.

Algo similar pero de signo contrario sucede con la endémica baja participación estudiantil por fuera de las agrupaciones más persistentes y organizadas: por fuera de las elecciones, en las que ni siquiera la votación consigue convocar a la mayoría, hay una baja presencia de estudiantes en la vida cotidiana de la política universitaria. Esta falta suele serle enrostrada a las agrupaciones estudiantiles como muestra de su débil poder de convocatoria e indirectamente de su baja representatividad. Los aludidos, en cambio, suelen argumentar que no es algo importante, pues los supuestos indiferentes no se acercan porque acuerdan implícitamente con la política desplegada. Este argumento cuenta por lo general con el apoyo activo de adultos cercanos, comprometidos con causas similares. Como se ve, esta presencia débil es objeto de arduas polémicas e interpretaciones desde los ángulos más diversos.

Así, por exceso y por defecto, la participación suele ser motivo de preocupación, expresada entre los adultos más que nada cuando los chivos se suben al corral, lo que se interpreta luego de distintas maneras: si es disruptiva y entra en conflicto con las instituciones, puede ser inconformismo y protesta generacional, pero puede ser también ejercicio de los derechos, como simple vandalismo o destitución; si disputa puestos o reclama influencia sobre el funcionamiento de una organización, cambia de color y puede pasar de ser una legítima aspiración a formar parte del proceso de toma de decisiones para convertirse en ambición de poder, obstaculización o veto cuando hay disconformidad.

Si está ausente o no se la registra, puede leerse como indiferencia y falta de compromiso, como privatismo y anomia, pero también como resistencia distante y disconformidad pasiva, así como en el otro extremo, aceptación, apoyo por defecto, consenso silencioso, y todo esto, sea tanto por derecha, como por izquierda, según los intereses del intérprete y su lugar en un esquema de gobierno o de posicionamiento institucional. Esta matriz de conflicto interpretativo, deja en claro que la participación juvenil es un asunto espinoso, que engendra múltiples versiones de hechos similares, donde no falta la oposición total.

Esto se debe entre otras cosas a que nunca hay una participación juvenil “normal” o “media” o que sea aceptada por todos los actores de un conflicto. Al contrario: por exceso –vicioso– o por defecto –viciado– la participación juvenil siempre está allí como el hecho maldito que recuerda el diferendo generacional, el dato incómodo de una política que no desemboca espontáneamente en la armonía, ni siquiera cuando los intereses y los puntos de vista de las distintas generaciones parezcan alinearse bajo los mismos presupuestos y/o metas. Los jóvenes son ajenos y su “participación” es siempre suplementaria incluso en las instituciones que la aceptan y la fomentan, como es el infrecuente caso de las universidades públicas argentinas.

Hipervisibles, visibles, invisibles, invisibilizados

Según cómo se mire, la presencia de los jóvenes en las instituciones de la política, así como en las instituciones en las que se juega políticamente, va a tener un valor muy diferente. La visibilidad depende de actores interesados como pueden ser los medios masivos de comunicación o las dirigencias políticas adultas, pero también de rutinas cognitivas aceptadas en el ámbito del sentido común que tienden a cierta ceguera inadvertida, como sucede con aristas “poco interesantes” de los mapas mentales establecidos: lo que se ve y lo que no se ve es el producto de estas luchas por la comunicación y el centimetro en los diarios, así como en los abandonos indoloros de la realidad social “menos relevante”. En este sentido hay un espectro de visibilidad donde diversos tipos de jóvenes y de movimientos políticos con impronta generacional irán desde la sobre-representación hasta la invisibilidad absoluta.

La hiper-visibilidad es siempre mediática. No puede ser de otra forma en una sociedad de comunicación masiva donde la influencia pública pasa en buena medida por la presencia recurrente en los medios. La juventud en la esfera pública, como otros hechos de la política, accede fácilmente a los medios cuando es noticia, es decir, cuando produce escándalos, alteraciones institucionales o hechos exteriores al flujo común de la información habitual. Así, los jóvenes y sus acciones políticas son visibles en los medios en situaciones controversiales; cuando hay choques con las fuerzas de seguridad, se violan entradas, se atacan edificios públicos, se hacen escraches, tomas de instalaciones o movilizaciones que interrumpen sin aviso previo el tránsito vehicular. En estos casos de hiper-visibilidad el movimiento estudiantil aparece como protagonista principal, asociado por lo general con la protesta y el descontento. No es casual que esa sea la imagen dominante buscada por el espectáculo mediático, deseo que es normalmente correspondido por la contraparte juvenil. Otro tópico de esta sobre-exposición se aprecia en el accionar de las agrupaciones políticas cercanas al gobierno, más en este momento de enemistades explícitas con la mayoría de los medios de comunicación: los funcionarios jóvenes aparecen como objeto de persecución informativa, sin virtudes, pletóricos de defectos, ambiciones enfermizas, nepotismos, despilfarros y hasta prontuarios privados inconfesables –novias maltratadas, violencia de género, sexualidad herética–.

Este tipo de visibilidad, que se presenta en un grado menor que la anterior, también es mediática,

aunque no está vinculada con el escándalo. Tiene que ver con la normalidad de las instituciones en las que habitan los jóvenes o con la manifestación ordenada de la disconformidad, donde la participación es presentada de manera neutra. Al igual que en el caso anterior, el estudiantado, las agrupaciones que forman parte del gobierno nacional, son los protagonistas de la escena visible cuando hacen sus aportes a las instituciones en las que se encuentran: elecciones, nombramientos de funcionarios, acciones gubernamentales, debates legislativos, movilizaciones y reclamos pacíficos. Allí se aprecia a jóvenes en situación normal, actuando serenamente, lo cual contribuye a la información pero no al espectáculo, algo que los medios toleran estoicamente pero no prefieren, porque esas formas plácidas –incluso de la discrepancia– no aportan a sus negocios. Esta imagen, más infrecuente que la otra, tiene una inflexión más tenue, aunque sea la que representa más prolijamente el rol cotidiano de los jóvenes de las clases medias que participan políticamente en las instituciones.

La primera forma de invisibilidad surge de la falta de atención mediática que suscitan las organizaciones de la sociedad civil entre las que se cuentan las instituciones religiosas y comunitarias, los clubes sociales y deportivos, las asociaciones barriales y en un nivel de intervención técnica y profesional, las fundaciones y organismos no gubernamentales. En ellas se encuentran los jóvenes invisibles, cuya participación pasa inadvertida y sin mención salvo en los suplementos dominicales o en las noticias de la sección “sociedad”, lo cual los aleja de la escena política, suerte de altar donde estos jóvenes son santificados, pero no son percibidos en su acción cotidiana. Los jóvenes invisibles son una suerte de mayoría silenciosa en términos de participación, que contribuye con sus tareas en la vida de los barrios y las múltiples instituciones que canalizan el tiempo libre y la acción voluntaria. Este segmento también concita formas de trabajo remunerado cuando se trata de fundaciones u organismos no gubernamentales donde se reúnen los jóvenes que, lejos del conflicto propiamente dicho, alimentan con militantes y dirigentes noveles a los partidos políticos de centro y de centro derecha por lo general lejanos de la escena estudiantil. Con pocas excepciones, esto pasa inadvertido también para los investigadores especializados en el tema.

La forma de invisibilidad radical es la que corresponde a los movimientos de desocupados y territoriales de los barrios de sectores populares. En estos casos se trata de una verdadera invisibilización en la medida en que sus integrantes, en su abrumadora mayoría jóvenes, nunca son percibidos como tales y sí como pobres, marginales, indigentes, lo que los alude con otros atributos que sin dudas también poseen, pero les escamotea su condición de pertenencia a una generación que comparte anhelos y esperanzas relativamente comunes que quedan de costado cuando se los menciona de este modo. Algo

similar sucede cuando se los nomina por el método de su reclamo –por ejemplo, como piqueteros– o por sus logros en el reparto de bienes, en el caso de que aparezcan como poseedores de un plan del gobierno. Estas formas de nominación invisibilizan la condición juvenil que sólo queda en “positivo” cuando menciona a otras clases sociales. Al igual que en el caso anterior, esa invisibilidad se advierte en la mayoría de los estudios que tratan de comprenderlos.

Un saldo amargo

De todas maneras, más allá de las distintas formas de aparición, de los prejuicios adultos y de las diferencias entre planos institucionales, el saldo general de la relación entre los jóvenes, la participación y la política tiende a ser negativo, sea por la sobre-representación vinculada con los desmanes y la violencia, sea por la invisibilidad que surge de una acción cotidiana que no despierta alarmas especiales para la producción de la noticia, sea finalmente por la urgencia que presiona a una nominación intencionadamente desviada. La visibilidad pública de los jóvenes responde a una lógica general de la sospecha para la cual, la de esos jóvenes, sólo es positiva en sentido propio cuando se reduce a los ámbitos del estudio y del trabajo, de la familia y del consumo, dentro de los marcos esperados por la sociedad adulta.

Los jóvenes y la política se llevan mal, en la escena del poder, pero también en la de la participación, sea o no conflictiva. Se trata de una situación compleja, con un resultado difícil de torcer, especialmente cuando la acción juvenil que se propone revertir el lugar predestinado y los prejuicios en los que se reproduce, alimenta en la mayoría de los casos los fantasmas y los temores de una sociedad adulta que sospecha de la acción organizada de los jóvenes. Por supuesto que existen las excepciones, aunque por lo general convivan con las intenciones de grupos de adultos que alientan la rebelión juvenil y se valen de ella para desplazar a otros adultos, lo que constituye una encerrona compleja, la de la hipervisibilidad, normalmente poco aprovechada por los jóvenes mismos y sí por los adultos que emergen triunfantes o mejor posicionados a partir de esos conflictos. Estos hechos reafirman los fantasmas de la participación juvenil con un saldo amargo para la acción silenciosa o ruidosa de una generación que suele ver desde otra perspectiva la realidad que comparte con las otras generaciones, en una situa-

ción que no le favorece por la edad, pero que normalmente se supera con el paso del tiempo, proceso mediante el cual esos jóvenes dirigentes y activistas se convertirán en adultos y formarán parte de los grupos afianzados, con toda probabilidad, cercanos de los jóvenes cuando sean generación intermedia, más lejanos a medida que aparezcan nuevas generaciones, que irán ocupando el lugar de la sospecha precisamente por ser los últimos en llegar.